

“La literatura puede prosperar de manera clandestina”

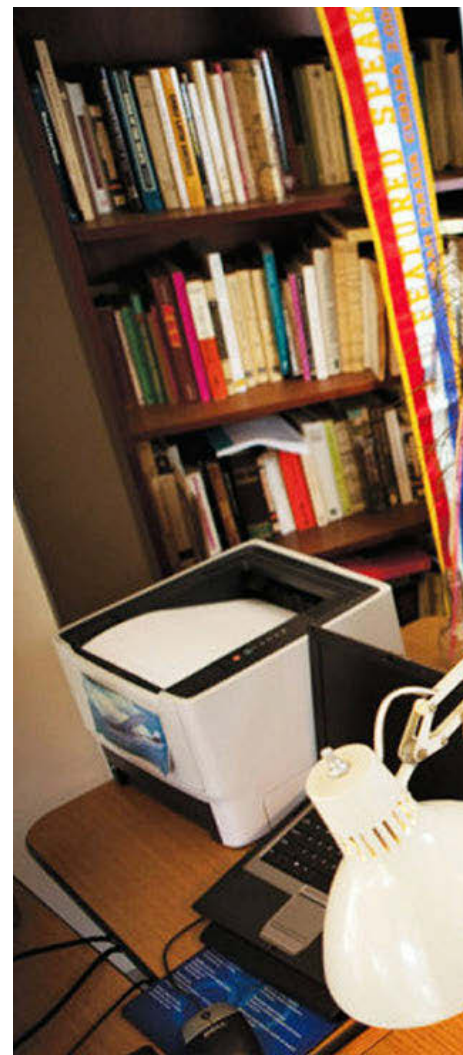
Su afán por bucear en las grandes obras literarias ha convertido a **Roberto González Echevarría** en uno de los mayores expertos en los clásicos de las letras hispánicas. El crítico cubano-estadounidense vuelca ahora esa pasión en sus memorias

por **XAVIER CARBONELL**

Ser pelotero de béisbol y piloto de una avioneta Piper Cherokee 140 exige un grado de adrenalina y coraje que se antoja excéntrico en un catedrático de Literatura en Yale. Pero a Roberto González Echevarría (Sagua la Grande, Cuba, 1943) el espíritu aventurero le acompaña desde que partió de joven al exilio. También el sentido del humor. Definido por Harold Bloom como «el más destacado crítico de literaturas hispánicas –americana e ibérica– viviente», ha desarrollado en Estados Unidos una carrera académica jalonada de premios, entre ellos la Medalla Nacional de Humanidades que le entregó el presidente Obama en 2011. Le pueden ver en acción en YouTube, en las 24 conferencias sobre Don Quijote que ofreció en Yale. Acaba de publicar *Memorias del archivo: una vida* (Renacimiento), un tributo a la voluntad y al amor por la escritura.

PREGUNTA. En su libro expresa su deseo de ‘ser encontrado’, como usted encontró a Carpentier o Sarduy en sus lecturas. ¿Qué hallará el lector en sus memorias?

RESPUESTA. Yo espero que el putativo (¡cuidado!) lector de mis memorias me encuentre en mis esfuerzos por unir el conocimiento crítico a grandes obras literarias. En mis escritos y en mis clases he tratado de transmitir el rigor científico de la investigación detallada, fidedigna, y la penetración filológica en el lenguaje. Las grandes obras toleran tales estudios y nos permiten una visión privilegiada de su factura. El estupendo libro de Rafael Lapesa sobre Garcilaso ha sido uno de mis modelos. El aprendizaje de lenguas extranjeras, sobre todo el inglés, pero también el francés y el italiano, me reveló de una forma afectiva, no consciente, la distancia entre mi yo interior –sea lo que éste sea– y el idioma que hablaba o leía. Ese espacio de reflexión se volcaba sobre el español también. Tal vez por eso me he dedicado tanto a los barrocos españoles e hispanoamericanos, porque siento el idioma como algo propio y no propio al mismo tiempo. Pero ansío esa propiedad, que tal vez sea la marca más real del exilio y puede que haya determinado mi vida y mi carrera. Creo que he dejado pá-



ginas válidas sobre Rojas, Cervantes, Tirso, Lope, Góngora, Calderón, Carpentier, García Márquez, Sarduy y algunos otros. Carpentier así me lo confesó.

P. ¿Cómo es la vida de un catedrático cubano en Yale?

R. Ha sido una vida normal, suburbana, estadounidense, pero con no pocas aventuras, viajes, regresos a Cuba, estancias en otros países, por toda América Latina...

P. Y usted además juega pelota y pilota aviones.

R. Lo de la pelota fue porque quería volver a ese deporte en vivo antes de escribir mi historia del béisbol en Cuba, que hice originalmente en inglés, por cierto. Jugué cinco veranos en una Senior League, con todas las de la ley. Pelota de verdad, a

Ficción Yo quería ser un crítico mayor, no un novelista menor, y que los escritores lo supieran y me respetaran por ello”

Cuba La represión no fomenta la creación literaria de altura. Los comisarios determinan esa altura según sus propios ‘logros”



JAMQUIXOTE

la dura. Era para mayores de 30 años. Yo tenía 50. Los lanzadores tiraban durísimo. Algunos habían sido profesionales. Me defendí bien. Lo de la aviación es probablemente más profundo. Fue un retorno a mi niñez en Sagua la Grande; vivía a unas cuadras del campo de aviación local. Pero la aviación implica un juego con la muerte que es serio y exige estudio y práctica constantes.

P. En su carrera como crítico, ¿cuál ha sido su regla de oro?

R. Nunca publicar algo que yo piense que no es comprensible para el lector o con lo cual yo no esté completamente de acuerdo. No pocos de mi generación se dejaron seducir por el estilo denso de filósofos como Foucault o Derrida. Los franceses, cuando escriben para acla-



ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA
MEMORIAS DEL ARCHIVO: UNA VIDA
Renacimiento.
472 páginas.
24,90 €

rar algo que han dicho, se hacen todavía más oscuros. En la prosa inglesa, que sin duda es uno de mis modelos, se practica lo opuesto: la claridad elegante, no reductora. Alfonso Reyes y Octavio Paz son mis modelos inalcanzables en español, Harold Bloom en inglés y Roland Barthes en francés.

P. ¿Alguna vez le ha tentado escribir ficción?

R. Publiqué un cuento en la revista *Areíto* que fue incluido en una antología en Cuba. No está mal. Pero aprendí de Emir Rodríguez Monegal a invertir el talento literario que pudiera tener en mi prosa crítica, no en tratar de competir con los escritores. Yo quería ser un crítico mayor, no un novelista menor, y que los escritores lo supieran y me respetaran por ello. Ángel

Rama y otros críticos latinoamericanos no supieron resistir la tentación y publicaron novelas, cuentos y poemas que nadie lee. Que pensaran que esos textos eran publicables dice mucho sobre su capacidad como críticos.

P. ¿Quién fue el último gran maestro del idioma? ¿Qué libro fue el último clásico?

R. Alfonso Reyes, Octavio Paz y Gabriel García Márquez (hay demasiado francés en Alejo Carpentier). El último clásico fue sin duda *Cien años de soledad*, pero *El arpa y la sombra* de Carpentier se le aproxima.

P. ¿Es optimista con el panorama narrativo hispanoamericano? Si tuviera que esbozar un «canon» de lo más reciente, ¿qué autores no faltarían?

R. Roberto Bolaño y Fernando Vallejo. César Aira es prolífico pero menor. Esperemos que otros escritores jóvenes nos traigan otro Boom.

P. España es para usted como una segunda casa.

R. He pasado buenas temporadas en Salamanca y Madrid, y visitado muchas otras partes dando conferencias: Barcelona, Sevilla, Córdoba... Me siento a gusto entre la gente, que es generosa, alegre, y no me ve como extranjero. Además, me encanta vivir en mi idioma natal. Tengo muy queridos amigos, gente como Pío Serrano y, hasta su lamentable muerte, Víctor Batista.

P. Si pides literatura cubana en una librería española te traerán a Leonardo Padura o Pedro Juan Gutiérrez. Con suerte, Carpentier. ¿Qué nos estamos perdiendo de Cuba? ¿Por qué el horizonte es tan pobre?

R. Padura y Gutiérrez son escritores muy menores. La represión en Cuba no fomenta la creación literaria de altura. Los comisarios, no pocos se consideran escritores, determinan esa altura según sus propios «logros». Pero aun así la literatura puede prosperar de forma clandestina y cuando las cosas cambien en la isla a lo mejor surgen escritores valiosos de los cuales no teníamos noticia. **L**

González Echevarría: el profesor en su archivo

por
Xavier
Carbonell

Roberto González Echevarría ha estudiado a fondo a Fernando de Rojas, Cervantes, Lope de Vega, Góngora, Tirso de Molina y Calderón. Ha conocido bien a Severo Sarduy, Alejo Carpentier, Guillermo Cabrera Infante, a las luminarias del Boom y a autores más recientes, como Roberto Bolaño y Fernando Vallejo. La editorial Renacimiento acaba de publicar sus *Memorias del archivo: una vida*, donde el crítico realiza su propio viaje a la semilla. Un contundente relato autobiográfico que tiene mucho de las novelas a las que ha dedicado su carrera: el tono picaresco e íntimo, la conversación criolla, la familiaridad y la escritura «en cubano», artefactos que le sirven para volver al «sitio donde tan bien se está»: la Cuba del recuerdo.

En ese viaje también lo ayudan amigos, fotografías y objetos, como una cafetera plateada que perteneció a sus padres, dos viejas copas de champán, la boina de su abuelo y una pelota capturada, de niño, en un estadio de Cuba. «Son cosas mudas», dice, «hasta que las acaricio; entonces me hablan de un pasado que está presente en ellas». González Echevarría nació en Sagua la Grande, cuna del pintor Wifredo Lam –mulato achinado y vanguardista– y del escritor Jorge Mañach. Habla con cariño de sus primeras novias y su pasión por el béisbol, de las calles limpias y tranquilas por las que transitaban bicicletas americanas, y que muy pronto permutó por las de la capital.

En 1959, Fidel Castro entró en La Habana y la vida no pareció sufrir demasiados sobresaltos, pero pronto la revolución envolvería todo, lo público y lo privado, la escuela y los campos, las tribunas y la casa. Su familia se marcha a Florida. «De Sagua salí sagüero», escribe Roberto, «de La Habana, cubano». Mantener su identidad insular y un habla culta, sin chabacanerías tampeñas ni interferencias del inglés –lengua tan suya como el castellano–, fue uno de sus propósitos. Batalló en distintos oficios y sobresalió en la universidad. Ser exiliado cubano comenzaba a ser difícil, por la simpatía que ha despertado siempre la revolución en el ambiente académico norteamericano.

En Florida profundizó en las cuatro tradiciones lingüísticas que han alimentado su carrera: el español, el inglés, el francés y el italiano. De ahí pasó a Indiana y más tarde a Yale, para su doctorado. Yale era entonces la universidad de titanes como Rene Wellek y Erich Auerbach –muerto hacía poco–, de Paul de Man y del cubano José Juan Arrom. Después llegaría Emir Rodríguez Monegal. El estructuralismo comenzaba a entrar a EE UU y González Echevarría y sus colegas traducían incansablemente a Barthes, Derrida, Lacan y Foucault.

El intercambio con el grupo de *Tel Quel* lo condujo a otro cubano, residente en París desde el inicio de la revolución: Severo Sarduy. Al igual que González Echevarría, Severo era un apasionado del Barroco y del Siglo de Oro español. De su amistad nació *La ruta de Severo Sarduy* (1986), uno de los libros más personales del crítico, y en gran medida las reflexiones de *La prole de Celestina* (1999). Otro de sus textos medulares es *Alejo Carpentier: El peregrino en su patria* (2004), donde desmonta la obra del novelista y aclara su confusa biografía.

Tras pasar por la Universidad de Cornell –donde fundó la revista *Diacritics*– González Echevarría regresó a Yale. Junto a otros exilia-

Memorias del archivo, la autobiografía del crítico y profesor de Yale, se suma a un conjunto de obras indispensables para entender nuestra cultura en su contexto hispanoamericano

dos cubanos protagonizó acercamientos al mundo cultural de la isla. El llamado Diálogo del 78 lo llevó de vuelta a La Habana y si bien no tuvo efectos de apertura en el régimen, aseguró a Roberto un viaje a Sagua, a los espacios de la infancia, de los cuales pudo despedirse. En 1994 murió su hijo Carlos y todo «se tiñó de tristeza». Además de la literatura y su libro sobre el béisbol *La gloria de Cuba* (1999), que dedicó a Carlos, encontró consuelo pilotando aviones.

Dentro de Cuba sólo han podido editarse dos libros suyos, uno de ellos *Mito y archivo* (1990). Este ensayo monumental maneja la noción de archivo como receptáculo absoluto de la memoria, que alimenta la expresión americana desde las crónicas de la Conquista hasta las complejas ficciones de Borges y García Márquez. De este esfuerzo por capturar el recuerdo participa, también, su autobiografía.



OBAMA ENTREGA A GONZÁLEZ ECHEVARRÍA LA MEDALLA NACIONAL DE HUMANIDADES EN 2011. NEH.GOV.

Memorias del archivo se añade a un conjunto de obras indispensables para entender nuestra cultura en su contexto hispanoamericano. Batalla dor y lúcido, la imagen en la cubierta del volumen define bien a su autor: un hombre sereno, rodeado de libros, que corre la cortina del tiempo y sonríe, es-

L

Xavier Carbonell (Camajuaní, Cuba, 1995) es autor de *El fin del juego*, Premio Ciudad de Salamanca.